





## PRÓLOGO

---

### UNA CELEBRACIÓN DE CUMPLEAÑOS

**E**l Paraíso de los Ratones de Biblioteca nunca había estado tan atestado de gente. Cerca de mil invitados se encontraban apretujados en el salón de eventos de la librería, hasta no dejar más sillas libres ni lugar para estar parado. Allí había un pequeño escenario inundado de luces con dos sillas y dos micrófonos, listo para el evento de la noche. Era difícil ver algo entre la hilera de reporteros y fotógrafos que se encontraban agachados frente al escenario, pero se les había avisado a los asistentes que la prensa solo estaría allí por unos pocos minutos luego de comenzado el evento.

La multitud multigeneracional había llegado a la librería

para ver a su autor favorito en persona. Los invitados inquietos se movían en sus asientos y se ponían de pie ansiosamente mientras esperaban a que él hiciera su primera aparición pública en años. No solo estaban allí para celebrar su carrera de cinco décadas, sino también para festejar un día muy especial en la vida del autor. Una bandera colorida pintada por los estudiantes de la escuela primaria local se encontraba colgada sobre el escenario con la inscripción ¡FELICES 80 AÑOS, SEÑOR BAILEY!

Tal como lo había prometido la librería, a las ocho en punto un hombre de traje elegante apareció en el escenario y dio inicio a los festejos de la noche.

–Buenas noches, damas y caballeros, y bienvenidos al Paraíso de los Ratones de Biblioteca –dijo el hombre por uno de los micrófonos–. Yo soy Gregory Quinn del *New York Times Book Review* y no podría sentirme más honrado de moderar el evento de esta noche. Estamos todos reunidos aquí para celebrar la vida de un hombre que ha hecho del mundo un lugar mucho más mágico, gracias a sus más de cien libros de ficción infantil publicados.

La multitud estalló del entusiasmo al oír la carrera exitosa del señor Bailey. Entre la audiencia, se podían ver todos los libros del autor, ya que los invitados mantenían sus libros favoritos contra su pecho.

–Miro alrededor del salón y me complace ver a un grupo tan diverso de personas –continuó el señor Quinn–. El señor Bailey siempre ha dicho que su logro más importante no es la cantidad de libros que ha escrito o el número de copias que ha vendido, sino la rica diversidad de sus lectores. No se me ocurre un mejor regalo que hacerle ver que su trabajo llega a familias de todo el mundo.

Mucha gente de la audiencia se llevó las manos a su pecho al recordar la alegría que el autor les había traído a sus vidas durante todos esos años. Algunos incluso se llenaron de lágrimas al recordar el impacto que las historias del señor Bailey habían tenido en sus jóvenes vidas. Por suerte, encontraron su trabajo cuando necesitaban leer una muy buena historia.

–Es difícil encontrar a alguien que no sonría al oír su nombre –prosiguió el señor Quinn–. El señor Bailey llenó nuestras infancias con aventura y suspenso, sus personajes nos enseñaron la diferencia entre el bien y el mal, y sus historias nos mostraron que la imaginación es el arma más poderosa del mundo. Uno sabe que es especial cuando todo el mundo lo considera parte de su familia, por lo que ahora es nuestro turno de recordarle lo especial que es. Damas y caballeros, niños y niñas, por favor, démosle una cálida bienvenida al único e inigualable *señor Conner Jonathan Bailey*.

Los invitados que se encontraban sentados se pusieron de pie y, pronto, todo el salón quedó inmerso en un estruendoso aplauso. Los fotógrafos levantaron sus cámaras y cubrieron el escenario con un aluvión de flashes.

Un anciano adorable y delgado se subió al escenario y saludó con gran entusiasmo a la audiencia. Tenía ojos grandes color cielo y una cabellera blanca despeinada que parecía una nube mullida sobre su cabeza. Llevaba unas gafas grandes, suspensores celestes y un par de tenis rojos fluorescentes. Por la forma en que estaba vestido y el destello travieso que tenía en sus ojos, estaba claro que el señor Bailey era igual de colorido que los personajes de sus libros.

El señor Quinn intentó ayudar al autor para acompañarlo hasta su asiento, pero el anciano lo apartó e insistió en que no

necesitaba ayuda. Incluso, una vez que el señor Bailey ya se encontraba sentado, la multitud continuó elogiándolo con sus aplausos afectivos.

–Gracias, gracias, gracias –dijo el señor Bailey al micrófono–. Son muy amables, pero probablemente sea mejor que dejen de aplaudir para que podamos continuar con el espectáculo. Tengo ochenta años, el tiempo es oro.

La multitud rio y se sentó nuevamente en sus asientos, solo que esta vez los asistentes se quedaron más al borde que antes.

–No podemos agradecerle lo suficiente por estar aquí con nosotros esta noche, señor Bailey –dijo el señor Quinn.

–Es un honor tener esta oportunidad –respondió el autor–. Y gracias a *usted*, señor Quinn, por esa presentación tan encantadora. No sabía que estaba hablando de mí hasta que oí mi nombre completo. Después de todos esos cumplidos, temía que la librería hubiera llamado al señor Bailey incorrecto.

–Los halagos son todos suyos, señor –le aseguró el moderador–. Pero primero lo primero: ¡feliz cumpleaños! Es un privilegio celebrar este momento con usted.

–Hay que cavar muy profundo para encontrar tierra más vieja que yo –bromeó el señor Bailey–. Es gracioso, cuando era joven no había otra cosa que ansiara más que mi cumpleaños. Hoy, con cada año que pasa, me siento más como una lata de frijoles vencida que Dios se olvidó de tirar.

–No me creo eso ni por un segundo –respondió el señor Quinn–. Cada vez que oigo su nombre, siempre le sigue un comentario sobre su impresionante resistencia. ¿Tiene algún secreto para mantenerse en forma y con esa energía?

–Cuando uno envejece, es importante elegir la forma con



la que más te identificas y, como podrán ver, yo elegí ser una calabaza –bromeó el señor Bailey–. En lo que respecta a mantener un buen nivel de energía, simplemente le saqué el máximo provecho a las cuatro horas del día en las que estoy despierto.

Una sonrisa traviesa apareció en el rostro del autor y la audiencia estalló en carcajadas. Estaban muy contentos de oírlo hablar con la misma chispa con la que escribía.

–Esta noche también nos acompaña la familia del señor Bailey –continuó el señor Quinn y señaló a un grupo de personas que se encontraban sentadas en la fila del frente–. Gracias por compartir a su padre y abuelo con nosotros. Señor Bailey, ¿le gustaría presentarnos a sus hijos y nietos?

–Me encantaría –contestó–. Ella es mi hija mayor, Elizabeth, su esposo Ben y su hija, Charlie. A su lado, tenemos a mi hijo, Matthew, su esposo Henry y sus niños, Ayden y Grayson. Y, por último, pero no menos importante, mi hija Carrie, su esposo Scott y sus hijos, Brighton, Sammy y Levi. Como podrán ver, todos son adoptados, nadie tan atractivo podría compartir mi ADN.

La audiencia rio y le dedicó una ronda cálida de aplausos a la familia del autor, lo cual los obligó a ponerse de pie y saludar con timidez.

–Lamentamos mucho el fallecimiento de su esposa a principio de este año –dijo el señor Quinn–. Como sabe gran parte de la audiencia, la esposa del señor Bailey, Breanne Campbell-Bailey, también fue una aclamada escritora que sirvió al país como senadora de los Estados Unidos por veinticuatro años hasta su retiro.

–¿Me creerían si les dijera que fue amor de secundaria?

–dijo el señor Bailey con una sonrisa–. Por lo que sé, yo fui el primer y único error que ella cometió.

–¿Cuánto tiempo estuvieron casados? –preguntó el señor Quinn.

–Cincuenta y dos años –contestó el señor Bailey–. Insistió en obtener su maestría antes de casarnos y publicar su quinto libro antes de comenzar una familia.

–No me sorprende –agregó el señor Quinn–. La senadora era una gran activista por los derechos de las mujeres.

–Sí, pero debo aclarar que Bree nunca llegó *tarde* a ningún lado –dijo el autor con una sonrisa–. Hacía absolutamente todo a su tiempo, y su muerte no fue la excepción. Aunque en mi familia no decimos *morir* o *fallecer*, sino *regresar a la magia*; le queda mucho mejor. Antes de que regresara a la magia, mi esposa escondió miles de notas para mí en la casa para que yo las encontrara una vez que ella ya no estuviera con nosotros. No hay un día en que no encuentre un recordatorio para que tome mi medicina o coma el desayuno.

–Magia de verdad –dijo el señor Quinn–. Ambos nacieron y se criaron en Willow Crest, California, ¿verdad?

–Así es –contestó el señor Bailey, asintiendo con la cabeza–. Y vaya que era un mundo diferente. El papel venía de los árboles, los carros andaban a gasolina y la cafeína era legal. Era prácticamente la Edad Media.

–¿Recuerda a la primera persona que lo inspiró a escribir? –preguntó el moderador.

–Fue mi maestra de sexto grado, la señora Peters –contestó el Autor–. Al principio, no compartíamos mucho; ella creía que el salón de clases era el lugar perfecto para educarse, y yo, que era un lugar estupendo para tomar siestas. Al año



siguiente, se convirtió en la directora de la escuela y leyó algunas historias que había escrito para mi clase de Literatura. La señora Peters vio potencial en mi escritura y plantó la semilla en mi cabeza. Siempre estaré agradecido con ella. Le dediqué uno de mis libros, pero no recuerdo cuál.

–¡*Hadatopia 4: El viaje literario!*–gritó una pequeña niña con mucho entusiasmo desde la fila trasera.

–Ah, sí, ese mismo –el señor Bailey se rascó la cabeza–. Tendrán que tenerme paciencia; mi memoria se ha ido de vacaciones desde que cumplí setenta. Estos días podría tomar un libro y leerlo entero sin darme cuenta de que fui yo quien lo escribió.

–Y eso nos lleva a hablar sobre su extraordinaria carrera como escritor –comentó el señor Quinn–. Como dije antes, ha publicado más de cien libros a lo largo de cinco décadas. Entre todos esos se encuentran la saga de *Estriboria*, los misterios de *Las aventuras del chico dirigible*, las crónicas de la *Reina galáctica*, las novelas gráficas de *Los Hermanos* y la más notable serie de *Hadatopia*.

La multitud estalló en fervor al oír el nombre de los libros de fantasía del señor Bailey, *Hadatopia*. La franquicia de seis libros del autor era la publicación más aclamada y exitosa de toda su carrera. La serie había sido traducida a cincuenta idiomas, vendida en más de cien países y ayudado a incrementar el alfabetismo en niños alrededor del mundo. Los libros de *Hadatopia* también se habían adaptado en varias películas taquilleras, una docena de programas televisivos e incontables baratijas de *merchandising*.

–Si bien la mayoría de su trabajo han sido *best sellers* y éxitos absolutos, usted es principalmente conocido por escribir





*Hadatopia* –dijo el señor Quinn–. ¿Cuál es el ingrediente especial que hace que esa serie sea tan amada?

–La respuesta es fácil. Fue escrita por un niño –confesó el señor Bailey–. No mucha gente sabe esto, pero terminé el primer borrador de *Hadatopia: El encantamiento de los deseos* cuando tenía cerca de trece años. Me avergonzaba mucho mostrar lo que escribía, por lo que lo mantuve en secreto; no se lo mostré ni siquiera a mi familia. Más tarde, a mis veinte años, luego de algunos pequeños éxitos literarios, me topé con un viejo manuscrito polvoriento en el ático de la casa de mi madre. Lo limpié, corregí algunos errores y lo publiqué. Si hubiera sabido que sería todo un éxito, lo habría hecho antes.

–Interesante. Entonces dice que la serie es exitosa entre los más chicos porque fue creada por uno de ellos.

–Precisamente –afirmó el señor Bailey–. Los niños y niñas siempre se sentirán atraídos a historias escritas en su propio lenguaje. Y, como autores de libros infantiles, es nuestro deber nunca perder contacto con su forma de hablar.

–Ha tenido numerosas oportunidades para escribir para adultos, pero siempre decidió quedarse en el ámbito de la literatura infantil. ¿Por qué disfruta escribir para niños?

–Supongo que se debe a que me gustan más los niños que los adultos –contestó el autor, encogiéndose de hombros de un modo despreocupado–. No importa cuánto evolucione el mundo, los niños y las niñas del mundo nunca cambiarán. Todos nacen con la misma necesidad de amor, respeto y comprensión. Los unen los mismos miedos, pasiones y convicciones. Están atormentados por una interminable curiosidad, una sed de conocimiento y un deseo de aventura inimaginable. La peor tragedia de la vida es ver a un niño perder esas



cualidades. Seríamos capaces de lograr grandes cosas si nos aferráramos a ese punto de vista tan fresco. Piensen en lo maravilloso que este mundo sería si viéramos todo a través de los ojos de un niño.

–¿Qué consejo les daría a todos aquellos que aspiran a convertirse en escritores? –preguntó el señor Quinn.

Era una pregunta muy importante para el autor, por lo que se quedó en silencio por un momento, buscando una respuesta que estuviera a la altura.

–Siempre deja que el mundo te inspire e influencie, y nunca que te desaliente. De hecho, cuanto más te desalienta, más te necesita. Como escritores tenemos el profundo privilegio y responsabilidad de crear un mundo nuevo cuando el presente cambia para mal. Los escritores somos más que meros entretenedores; somos los pastores de la ideología, los cimentadores del progreso y los científicos del alma. Si no fuera por gente como nosotros, que imaginan un mundo mejor y son lo suficientemente valientes para cuestionar y hacer frente a las autoridades que los reprime... bueno, aún viviríamos en la Edad Media en la que nací.

De pronto, la multitud se quedó tan callada que se podía oír el *tic-tac* de un reloj. Al principio, el autor tenía miedo de haber dicho algo que hubiera molestado a la audiencia, pero una vez que se tomaron unos segundos para procesar sus palabras, el salón entero erupcionó en otra ronda estruendosa de aplausos.

–Temo seguir esa respuesta con otra pregunta, así que ¿por qué mejor no abrimos la ronda de preguntas del público? –propuso el señor Quinn.

Casi todas las manos en la habitación se dispararon hacia



arriba al mismo tiempo. El señor Bailey soltó una risa entre dientes ante la escena y la idea de que tantas personas quisieran hacerle una pregunta a un viejo como él.

–Comencemos con la mujer de camisa color café –dijo el señor Quinn.

–La serie de *Estriboria* es mucho más oscura que la mayoría de su trabajo, en especial la historia sobre la esclavitud estadounidense. ¿No le preocupaba que tal vez podría ser muy fuerte para su audiencia joven?

–Ni un poco –contestó el señor Bailey–. Nunca endulzaría la historia para que algunas personas duerman mejor por la noche. Cuanto más saquemos a la luz los problemas del mundo, del pasado y del presente, más fácil será resolverlos.

–Ahora, pasemos al niño de aquí al frente –señaló el señor Quinn.

–¿Cuántos personajes están basados en usted?

–Todos ellos, especialmente los villanos –dijo el señor Bailey, guiñándole un ojo.

–Sigamos con el joven muchacho del medio –indicó el señor Quinn.

–¿Qué lo inspiró a escribir la serie de *Hadatopia*?

El destello travieso en los ojos del autor se intensificó tanto que prácticamente brillaban como un reflector.

–¿Me creerías si te dijera que todo fue autobiográfico?

La multitud rio y los hijos del señor Bailey suspiraron al oír el comentario de su padre; no *otra* vez. Pero el destello del señor Bailey no desapareció. Miró alrededor de la habitación como si estuviera decepcionado de que la audiencia no se tomara la respuesta tan en serio como lo hizo con las otras.

–Es verdad –afirmó con convicción–. Este mundo está

repleto de magia si deciden verla, pero es una decisión que yo no puedo tomar por ustedes.

El comentario inspiró a una pequeña niña en la tercera fila a que se parara en su silla y moviera las manos energéticamente por el aire. Fuera cual fuera su pregunta, estaba más desesperada en hacerla que cualquier otra persona de la habitación.

–Sí, la jovencita de coletas –dijo el señor Quinn.

–Hola, señor Bailey. Mi nombre es Annie y me encantan sus libros. Ya leí los seis libros de *Hadatopia* doce veces.

–Aprecio eso mucho más de lo que las palabras pueden decir –respondió el autor–. ¿Cuál es tu pregunta?

–Bueno, tiene que ver con lo que acaba de decir, sobre que Hadatopia es real –dijo–. Todo el mundo sabe que Hadatopia es sobre un par de mellizos que viajan al mundo de los cuentos de hadas, pero apuesto a que mucha gente no sabe que usted mismo tiene una melliza. Lo busqué en Internet y encontré que tiene una hermana llamada Alex. Entonces, asumo que Alec y Connie Baxter de *Hadatopia* están basados en usted y su hermana.

La pregunta tomó al señor Bailey por sorpresa. Sus lectores estaban tan inmersos en los mundos que escribía que rara vez le hacían preguntas sobre su vida personal, en especial, sobre su familia.

–Eso es muy espeluznante y correcto, Annie –contestó el señor Bailey–. Diría que tienes lo que se necesita para ser una detective privada algún...

–Esa no es mi pregunta –lo interrumpió la niña–. Según mi investigación, Alex Bailey asistió a la escuela en Willow Crest hasta el séptimo grado, pero luego desapareció de todos los registros públicos. Busqué en todos lados, pero no encontré ni



un solo documento sobre su paradero o lo que fue de ella luego de eso. Por lo que mi pregunta no tiene que ver mucho con los libros, sino con su hermana. ¿Qué le ocurrió a Alex?

El autor mundialmente reconocido se quedó en completo silencio y el destello de sus ojos se desvaneció. Estaba sin palabras, no solo por la pregunta, sino porque no podía recordar la respuesta. Buscó en cada rincón de su memoria, pero no encontró nada referido al paradero de su hermana o a la última vez que había hablado con ella. Los únicos recuerdos que aparecían en su mente eran de cuando Alex era adolescente, pero se negaba a creer que esa hubiera sido la última vez que la había visto. Estaba seguro de haber hablado con Alex en algún momento desde entonces. No podía simplemente haber desaparecido, como decía la niña de coletas... ¿o sí?

–Yo... yo... –balbuceó el señor Bailey mientras intentaba recuperar la concentración.

Era obvio que algo estaba mal, por lo que la gente comenzó a moverse de un lado a otro en sus asientos. Cuando el autor comprendió que la audiencia se estaba poniendo incómoda, rio ante su reacción como si solo estuviera bromeando con ellos.

–Bueno, la respuesta es simple –dijo–. ¿Qué le ocurrió a Connie al final de *Hadatopia*?

Enunció la pregunta como si estuviera haciendo un juego de preguntas y respuestas con la niña, pero en secreto, el autor tampoco podía recordar el final de su amada serie. Intentar recordar el paradero de su hermana lo hizo comprender cuánta información había perdido de su memoria.

–Ella y Alec vivieron felices por siempre –dijo Annie.

–¿Ah, sí? –preguntó el autor–. Quiero decir, ¡por supuesto que sí! Entonces, *esa* es la respuesta.



–Pero, señor Bailey...

–Bueno, ha sido una noche maravillosa, pero me temo que debemos terminarla aquí –dijo el autor–. Me encantaría quedarme y responder todas sus preguntas, pero mis cuatro horas de estar despierto ya casi terminan.

El autor bostezó y se estiró como si estuviera cansado, pero no fue una actuación muy convincente. A decir verdad, la laguna mental lo había aterrorizado y no sabía cuánto tiempo más podría evitar que ese miedo se apoderara de él. El señor Bailey siempre hacía bromas sobre perder la memoria, pero no fue sino hasta esa noche que comprendió que ya no era algo de lo que reírse.

Más tarde esa misma noche, una vez que sus hijos lo dejaron en su casa y se aseguraron de que estuviera cómodo, el señor Bailey buscó algunas pistas que le pudieran dar algún indicio del paradero de su hermana, pero no encontró nada... ni siquiera una fotografía. Sus hijos ya lo trataban como a un niño, por lo que temía preguntarles algo sobre lo que había ocurrido con ella. Para quedarse tranquilo, tenía que encontrarla por sus propios medios.

El autor podía recordar cada detalle del rostro de su hermana. Su tez pálida, sus mejillas rosadas, sus ojos azules, las pecas sobre su tabique y su largo cabello rubio rojizo eran recuerdos accesibles cada vez que cerraba los ojos y pensaba en ella. Sin embargo, así era cómo lucía Alex cuando era joven. De seguro, ahora sería una anciana, entonces... ¿por qué no podía recordar cómo era?

–Ah, Alex, ¿a dónde te has ido? –se preguntó a sí mismo.

El señor Bailey sabía que solo una cosa podía encender su memoria. Se encerró en su estudio y buscó entre sus estantes



de libros hasta encontrar copias de la serie de *Hadatopia*. Tal como le había dicho a la audiencia en la librería, todos los libros estaban basados en hechos reales que él y su hermana habían vivido cuando eran mucho más jóvenes. Si no podía recordar la información por su cuenta, quizás una de las historias lo ayudaría a recordar por él.

El señor Bailey tomó con mucho entusiasmo el primer tomo de *Hadatopia* del estante, pero comprendió que recordar los eventos que habían inspirado a cada libro no era tan fácil como creyó que sería.

–¡Piensa, viejo anciano, piensa! –dijo–. *Hadatopia: El encantamiento de los deseos* trataba sobre nuestro primer viaje al mundo de los cuentos de hadas... Estábamos buscando algo... Había cosas que necesitábamos para regresar a casa... *Ah, ya sé... ¡El Hechizo de los Deseos!* ¡El diario de nuestro padre nos había guiado para encontrar todos los ingredientes! ¡Nos persiguió la Manada del Gran Lobo Feroz y apenas sobrevivimos a nuestro encuentro con la Reina Malvada! ¡Ese también fue el año en que conocimos a Rani, Roja, Jack y Ricitos de Oro!

El anciano estaba tan contento de recuperar esos recuerdos que saltó y le crujió la espalda, recordándole que estaba demasiado viejo para estar moviéndose de esa forma. Hizo a un lado el primer libro de la serie y siguió con la secuela.

–*Hadatopia 2: La venganza del hada malvada* –leyó en voz alta–. ¿De qué rayos trataba este? ¡*Un momento, ese fue el año del regreso de la Hechicera!* ¡Sobrevolamos todo el mundo de cuentos de hadas en un barco volador llamado el *Abuelita!* ¡Alex derrotó a la Hechicera quitándole su orgullo! Vaya que era brillante haciendo eso. Ese mismo año conocimos a Mamá Gansa y mamá se casó con Bob.



El segundo recuerdo le dio un aluvión de confianza y siguió entusiasmado con el tercer libro de la serie.

–*Hadatopia 3: El ejército perdido* –leyó–. ;*Ese debe estar basado en la Grande Armée que intentó conquistar el mundo de los cuentos de las hadas!* ;Los soldados quedaron atrapados en un portal por más de doscientos años gracias a Mamá Gansa y los hermanos Grimm! ;Nuestro tío se unió a ellos y encontró un huevo de dragón! ;Crio a la bestia y nuestra abuela la derrotó justo antes de regresar a la magia! Guau, no puedo creer cómo nuestra madre nos dejó salir de casa después de eso.

A medida que avanzaba hacia el cuarto y quinto libro, los recuerdos comenzaron a fluir con tanta libertad que tenía problemas para seguirles el ritmo. Era como si una tormenta tropical se hubiera formado en medio de una terrible sequía.

–;*Hadatopia 4: El viaje literario* ocurrió cuando Alex y yo perseguimos al tío Lloyd a través de los mundos de la literatura clásica! Lo habríamos detenido antes de no ser porque nos envió a Camelot y a la historia de Robin Hood. ;*Hadatopia 5: La aventura del cuentista* ocurrió cuando hicimos un viaje a mis cuentos! Por accidente, nos adentramos en los escritos de Bree ;y nuestro tío Lloyd quedó atrapado en *El cementerio de los muertos vivos!* Regresamos a toda prisa al hospital para contarle a Alex lo que había ocurrido, pero cuando llegamos, ella ya no estaba allí...

El autor tomó del estante el sexto y último libro de su serie y miró la cubierta.

–*Hadatopia 6: La gran aventura de Nueva York* –leyó.

Desafortunadamente, el título no le trajo ningún recuerdo, a diferencia de los otros libros. El señor Bailey se





esforzó tanto como le fue posible para recordar la trama del libro y los sucesos que lo habían inspirado, pero solo se topó con vacío en todas direcciones. La respuesta podría habersele escapado por completo, pero él sabía que la información que tanto deseaba residía en algún lugar dentro del libro. Incluso si había llevado a sus lectores a un falso final feliz, estaba seguro de que podría leer entre líneas y descubrir la verdad.

Y así, el amado autor de libros infantiles respiró profundo, abrió su propio libro en la primera página y comenzó a leer, con la más profunda esperanza de que la historia le recordara el paradero de su hermana todos estos años...





## CAPÍTULO UNO

---

# LLAMADA DE EMERGENCIA DESDE LA BIBLIOTECA PÚBLICA

**E**ra una tarde típica en la Biblioteca Pública de Nueva York. Los pasillos de mármol del famoso edificio intensificaban las pisadas de algunos turistas molestos, estudiantes inquietos y grupos ruidosos de escuelas primarias que se encontraban de excursión. Los guías compartían algunos datos poco conocidos sobre la extensa historia de la biblioteca y se resistían a poner los ojos en blanco al oír preguntas sobre las películas que allí se habían filmado. Los bibliotecarios explicaban cómo llegar a las reconocidas salas de lectura de los pisos superiores y les

recordaban a los visitantes que no tenían permitido llevar los libros de la biblioteca a los baños.

No había absolutamente ningún indicio de que algo extraño o peculiar podría ocurrir más tarde esa noche, aunque esos eventos extraños y peculiares rara vez avisan que ocurrirán.

El guardia de seguridad Rudy Lewis comenzaba su turno de cuatro a doce de la noche patrullando la entrada a la biblioteca en la Quinta Avenida. Les gritaba a los adolescentes que trepaban a Paciencia y Fortaleza, las icónicas estatuas de los leones que custodiaban la entrada a la biblioteca, les pedía amablemente a las personas que dormían junto a la fuente que siguieran con sus siestas en el refugio que se encontraba calle abajo y, una vez que obedecían, *regresaba* a las estatuas para gritarle a otro nuevo grupo de adolescentes que se trepaban a ellas. Una vez que la biblioteca cerraba, y no quedaba nadie más, Rudy pasaba el resto de su jornada patrullando el interior.

Durante horas y horas, Rudy caminaba de un lado a otro por los pasillos vacíos del edificio de cuatro pisos, inspeccionando sus numerosos foros, galerías, estudios y escalinatas. Cinco minutos antes de terminar su jornada, seguro de que no quedaba nadie más en la biblioteca, se preparaba ansioso para cederle su lugar al siguiente guardia de seguridad. Pero esa noche, mientras realizaba la última inspección del tercer piso, Rudy descubrió que esta vez no sería como siempre.

Al final de un largo y oscuro corredor, el guardia de seguridad encontró a una joven parada. Llevaba un vestido blanco brillante y tenía el cabello rubio rojizo. Su cabeza estaba inclinada como si se hubiera quedado dormida de pie. Al principio, ver a la muchacha allí desconcertó a Rudy. Había pasado por esa parte de la biblioteca una docena de veces y no había



visto a nadie hasta ese momento. Era como si la joven hubiera aparecido de la nada.

–Disculpe, señorita –dijo–. ¿Qué está haciendo?

La muchacha no respondió.

–Oiga, le hablo a usted –insistió Rudy.

El guardia de seguridad, enfadado, apuntó a la muchacha con su linterna para llamar su atención, pero no se movió. Una vez iluminada, Rudy notó que temblaba y que su piel lucía tan pálida como un fantasma. Por un segundo, le preocupó que, de hecho, *fuera* un fantasma. Sus compañeros de trabajo siempre le habían advertido que la biblioteca estaba embrujada, pero hasta ahora, no había tenido ninguna razón para creerles.

–La biblioteca está cerrada –la voz de Rudy se quebró al hablar–. A menos que sea empleada, está invadiendo propiedad de la ciudad.

De todas formas, la muchacha no levantó la vista ni dijo ni una sola palabra. Su silencio hizo que Rudy comenzara a sentirse paranoico. Cuanto más tiempo estuviera frente a ella, más espe-luznante parecía la joven. El destino de todo guardia de seguridad en cada película de terror apareció frente a los ojos de Rudy, pero se armó de valor para acercarse a la extraña muchacha.

–¡Llamaré a la policía si no dice nada!

De pronto, la muchacha respiró y levantó la cabeza a toda prisa, lo que provocó que Rudy saltara del miedo. Miró a su alrededor frenéticamente en pánico, como si se hubiera despertado de una pesadilla.

–¿*En dónde estoy?* –preguntó, jadeando.

–En la biblioteca –dijo Rudy, pero eso solo la confundió más.

–¿La biblioteca? ¿*Qué* biblioteca?

–La Biblioteca Pública de Nueva York –le contestó Rudy–, en la Quinta Avenida y la Calle 42 del este.

–¡Oh, no! –exclamó la joven–. ¡Tiene que marcharse de aquí! ¡Algo terrible está por ocurrir!

–¿De qué está hablando? ¿Cómo llegó hasta aquí?

–¡No sé qué está planeando, pero tiene que irse antes de que ella me obligue a hacerle daño! –le rogó la joven–. *¡Por favor, tiene que escucharme! ¡No puedo controlarlo!*

Sus ojos azules se llenaron de lágrimas que cayeron por su rostro.

–¿Quién? –preguntó Rudy–. Aquí no hay nadie más que usted y yo.

–¡La bruja que me maldijo! Ella me tiene bajo una especie de hechizo que me hace hacer cosas... ¡cosas horribles!

–Señorita, es evidente que estuvo consumiendo drogas –dijo Rudy–. La llevaré afuera y llamaré a la policía.

–¡Tiene que ir a buscar a mi hermano! ¡Él es el único que puede ayudarme! Su nombre es Conner Bailey, debería estar en el Hospital de niños Saint Andrew...

–Sí, sí, sí –dijo Rudy, sujetándola del brazo–. La ciudad está llena de lugares que pueden ayudar a personas en su situación, pero no puede quedarse aquí.

El guardia de seguridad intentó llevarla hacia la salida, pero la joven no se movió. Jaló de su brazo con todas sus fuerzas, pero ella se quedó exactamente en el mismo lugar, como si estuviera pegada al suelo.

–¡Es demasiado tarde! –exclamó la muchacha–. El hechizo... ¡lo siento venir! ¡La bruja debe estar cerca! *¡Por favor, tiene que correr!*

Para el susto del guardia de seguridad, los ojos de la joven



se pusieron en blanco y comenzaron a brillar. Su cabello se elevó por sobre su cabeza y flotó en el aire como fuego palpitante. En todos sus años trabajando como guardia de seguridad, Rudy nunca antes había visto algo así.

–¿*Qué rayos le pasa?*

La joven colocó una palma sobre el pecho del guardia y un haz de luz radiante emanó de esta, empujando al hombre hacia el final del corredor. Mientras Rudy se encontraba en el suelo, todo su cuerpo temblaba como si acabara de ser electrocutado. Su visión estaba borrosa y disminuía a toda prisa. Con las fuerzas que le quedaban, y con los pocos momentos que le quedaban de consciencia, tomó su radio y la acercó a su boca.

–*Policía...* –dijo con dificultad–. *Necesitamos a la policía en la biblioteca...* ¡*AHORA!*

En tan solo un minuto, la Quinta Avenida se iluminó de rojo y azul por las luces de dos patrulleros que se acercaron a toda prisa a la biblioteca. Un policía salió del primer vehículo y una policía, del segundo. Ambos oficiales avanzaron a toda prisa hacia la escalinata de la entrada con las armas en alto.

–Acabo de recibir la llamada. ¿Cuál es la situación? –preguntó la mujer.

–No lo sabemos –contestó el hombre–. Una llamada de emergencia desde algún lugar en el interior de la biblioteca. Acerquémonos con cuidado.

–Oh, Dios –dijo la policía, sorprendida–. ¡*Mira!*

La oficial señaló la entrada de la biblioteca al ver las inmensas puertas abrirse solas. Segundos más tarde, la joven del vestido blanco emergió levitando por la puerta y aterrizó en la cima de la escalinata de la entrada. Incluso en la ciudad de Nueva York, la policía no estaba acostumbrada a ver personas

con los ojos brillantes y el cabello elevado sobre sus cabezas que salieran volando de un edificio. Una vez que la conmoción inicial disminuyó, los oficiales se arrodillaron detrás de cada una de las estatuas de los leones y le apuntaron con sus armas.

–*¡Manos arriba!* –le ordenó el policía.

La joven no acató sus órdenes. En cambio, señaló a las estatuas y dos rayos poderosos cayeron sobre estas. Los oficiales se arrojaron al suelo para evitar ser golpeados.

–¿Qué fue eso? –preguntó el hombre.

–*¡Dos rayos!* –dijo la mujer–. Pero no entiendo. *¡No hay ninguna nube en el cielo!*

Una vez que los oficiales se asistieron para ponerse de pie, giraron sus cabezas hacia las estatuas, al oír un extraño crujido que provenía de ellas. Observaron con asombro cómo los leones de piedra se ponían de pie en sus bases, saltaban por el aire y caían sobre los escalones frente a la joven, impidiéndoles a los oficiales que se acercaran más. Las estatuas rugieron tan fuerte que activaron las alarmas de todos los coches en la manzana.

–Santo cielo –exclamó el policía–. *¡Las estatuas están vivas!* ¿Cómo es posible?

La oficial activó la radio que llevaba sobre su hombro.

–Oficial Sánchez a Central –dijo–. La biblioteca está bajo ataque. Repito, ¡la biblioteca está bajo ataque! ¡Necesitamos que todas las unidades se acerquen de inmediato!

–Copiada, oficial Sánchez –respondió una voz por el radio–. Todas las unidades disponibles han sido notificadas. ¿Puede identificar quién o qué está detrás del ataque?

Aún sin creerlo, la mujer vaciló al responder.

–*Magia* –contestó, sin aliento–. *¡La biblioteca está siendo atacada por magia!*





## CAPÍTULO DOS

---

### ACCIDENTAL, PERO INEXPLICABLE

**E**l Departamento de Bomberos de Willow Crest nunca antes había presenciado un incidente como el que había ocurrido en el Hospital de niños Saint Andrew. Enviaron a los bomberos a revisar la magnitud de una explosión que habían reportado en medio de la noche, pero cuando llegaron, no tenían ni idea de lo que estaban viendo. No había ninguna llama para extinguir y solo se encontraron con escombros para limpiar y unas paredes del hospital que no estaban ennegrecidas ni chamuscadas por el supuesto estallido. Por lo poco que sabían, el baño de mujeres no había *estallado*, sino que se había *desvanecido*.



–No está dañado, solo *desapareció* –le dijo uno de los bomberos a otro–. Si hubiera habido una explosión, este lugar estaría repleto de cerámica, pero no veo ningún resto del baño por ningún lugar.

–El personal asegura que allí había un baño funcional hacía algunas horas –agregó el segundo bombero–. Si no fue una explosión, ¿qué pudo haberlo hecho desaparecer?

Los bomberos hicieron algunas preguntas por los alrededores del hospital, pero nadie mencionó haber visto el extraño fenómeno, lo cual complicaba aún más la situación. Revisaron los terrenos aledaños al hospital en caso de que hubieran arrancado el baño con una especie de tractor, pero no encontraron ninguna huella en el suelo.

–¿Qué pongo en el informe? –le preguntó el primer bombero al segundo–. La compañía aseguradora del hospital espera que le enviemos información, no puedo simplemente decir que el baño se levantó y se fue caminando.

–Escribe *accidental, pero inexplicable* –sugirió el segundo bombero–. Creo que este caso excede nuestra paga. Necesitarán hacer una investigación más profunda para llegar al fondo de la cuestión, una investigación más *rigurosa*.

Sin nada más que hacer, los bomberos encintaron la zona y le entregaron al director del hospital el contacto de un investigador de destrucciones que vivía en el próximo pueblo. El especialista estaría disponible recién la próxima semana, por lo que el baño perdido continuaría siendo un pozo gigante y misterioso hasta su llegada.

La escena quedó completamente intacta hasta la medianoche anterior a la visita del inspector. Un muchacho de quince años cruzó la línea amarilla y se sentó en una puerta que



llevaba a ningún lugar. Sus ojos lucían cansados y albergaba cierta pesadez en su corazón que evidenciaba al mantener la cabeza baja, como si el peso del mundo descansara sobre sus hombros. Perdido en la profundidad de sus pensamientos, miró sobre el inmenso pozo hacia los edificios del centro de Willow Crest en la distancia.

El joven había esperado que, si regresaba al baño desaparecido, tal vez podría obtener respuestas a las preguntas que lo inquietaban. Desafortunadamente, todas las respuestas habían desaparecido con el baño.

–¡Oye, Conner!

Una joven de dieciséis años de pronto apareció en las afueras del hospital, lo que casi le dio a Conner un ataque al corazón. Llevaba un gorro de lana violeta y tenía cabello rubio con una mecha rosada y otra azul en el flequillo.

–¡Bree! –dijo Conner–. ¿Qué haces aquí? Creí que estabas castigada por haberte escapado.

–Ah sí, lo *estoy* –respondió ella–. No tengo permitido salir de casa hasta empezar la universidad. Nunca antes había visto a mis padres tan furiosos. Pero hasta donde ellos saben, solo me escabullí para visitar a algunos familiares en Connecticut. No me puedo imaginar cómo reaccionarían si supieran que volamos hacia Alemania ida y vuelta.

–¿Qué tal si te atrapan escapándote? –preguntó Conner.

–No te preocupes, no lo harán –dijo Bree–. Me he estado escapando de mi casa desde que tengo ocho años. Dejé una cabeza de cera sobre la almohada y un casete reproduciendo un ronquido en caso de que quieran revisar mi habitación.

–Es realmente impresionante y aterrador –comentó Conner, y Bree se encogió de hombros.



–Como solía decir Laurel Thatcher Ulrich: “Las mujeres que se portan bien no suelen hacer historia”.

Entró al hospital, pisando con cuidado las placas de madera remanentes para no caerse en el sótano que había por debajo, y se sentó junto a Conner en la puerta.

–No estabas en tu casa, por lo que supuse que te encontraría aquí –dijo.

–Quería echarle un último vistazo al daño antes de que el inspector comenzara a cavar en los alrededores mañana –explicó él–. Ya sabes, solo en caso de que se nos haya escapado algo.

–¿Alguna novedad de Alex?

–Nada –contestó Conner y suspiró–. Ha pasado una semana desde su desaparición y no hemos encontrado ni una sola pista sobre su paradero. Mi mamá y mi padrastro buscaron por todo el pueblo, pero no hay rastros de ella. Jack, Roja y Lester la están buscando en el mundo de los cuentos de hadas ahora mismo, pero todavía no han regresado con ninguna noticia.

–Es tan extraño –dijo Bree–. Apenas la conozco, pero escapar de esa forma no parece algo que ella haría. ¿Ha hecho algo así antes?

La reacción instantánea de Conner fue defender la reputación de su hermana, pero cuanto más pensara en ello, más recordaba que perderse no era algo completamente ajeno a ella.

–De cierto modo –recordó–. Atravesó una fase extraña hace no mucho tiempo. Cada vez que se abrumaba por algo, perdía el control de sus poderes. Pero las circunstancias eran otras... Estaba mucho más estresada y era más fácil provocarla.



–¿Por qué estaba estresada?

–Comenzó cuando estábamos buscando a nuestro tío Lloyd en el mundo de los cuentos de hadas –explicó–. Todas las impresiones que tenía de él eran correctas, pero nadie quería creerle. El Consejo de las Hadas creyó que no estaba actuando con claridad y le ordenaron que dejara de buscarlo. Alex se deprimió tanto que desapareció en una bola de llamas, pero reapareció unos días más tarde.

–Ah –dijo Bree–. Entonces, tal vez, *sí* sea algo que ella haría.

–Desaparecer, quizás, pero no es la clase de persona que abandona a sus amigos cuando la necesitan. Todo finalmente parecía estar a punto de cambiar. *Acabábamos* de reclutar a todos los personajes de mis historias. *Por fin* estábamos listos para luchar contra el Ejército Literario en el mundo de los cuentos de hadas. Entonces, ¿por qué desvanecerse ahora? No tiene sentido.

–Mi parte de detective quiere creer que tu tío tuvo algo que ver con ello, especialmente si él fue la causa de sus ataques previos –respondió Bree–. Pero Emmerich y yo estuvimos todo el tiempo con él mientras estaba en el Otromundo. Alex nunca lo miró. Si la provocaron, tuvo que ser alguien más.

Conner asintió.

–Y eso es lo que he estado intentando descifrar.

El comportamiento de Alex los desconcertaba tanto como el baño desaparecido había desconcertado al departamento de bomberos y, al igual que los bomberos, sabían que les faltaba una parte de la historia. Desafortunadamente, no había ningún especialista al que *ellos* pudieran recurrir para ayudarlos a resolver la desaparición de Alex.



–¿Cómo están los personajes? –preguntó Bree.

–Un poco molestos por estar encerrados –explicó Conner–. Tenemos que turnarlos para que salgan a tomar aire fresco, así nadie sospecha nada. Bob les ha estado enseñando a los Hombres Alegres y a los Niños Perdidos a jugar al fútbol en el parque para que gasten algo de energía. Mi mamá envolvió a las momias con vendas nuevas, para que la sala oliera mucho mejor. Los cyborgs han hecho saltar todos los fusibles del hospital por usar tanto los tomacorrientes. Los Hermanoz han estado patrullando el centro por la noche para mantener su heroísmo, por lo que la tasa de delitos en la ciudad ha disminuido. Y las piratas de Estriboria encontraron un televisor y han estado mirando las repeticiones de *Yo amo a Lucy* sin cesar; le molesta a todo el mundo, pero al menos las mantiene ocupadas.

–Me alegra saber que todos están allí –dijo Bree–. No puedo imaginar lo que debe ser para ti. Cuando estuve en *El cementerio de los muertos vivos* por algunas horas fue una experiencia completamente surrealista para mí, no puedo imaginar lo que debe ser para ti, habiendo estado rodeado por tus creaciones durante días. Debe sentirse como una reunión familiar alocada.

–Una vez que has visto a tu abuela anciana derrotar a un dragón, todo lo demás deja de ser la gran cosa –Conner rio–. Ya que mencionas las reuniones familiares, ¿Cornelia y Emmerich llegaron a Alemania a salvo? Fue muy amable de su parte ofrecerse a llevarlo a su casa.

–Afortunadamente, sí. Cornelia dijo que Emmerich y Fraulein Himmelsbach estaban muy contentos de reunirse. También se mudarán a Australia para alejarse tanto como sea



posible del castillo de Neuschwanstein. Wanda y Freda habían estado perdidas en Baviera desde que tu tío Lloyd nos secuestró, por lo que Cornelia las buscó y volaron de regreso a Connecticut ayer.

–Me sorprendió lo bien que Cornelia se encargó de todo –dijo Conner–. Por lo general, la gente se vuelve loca cuando comprenden que existen otras dimensiones, pero ella ni se inmutó.

Bree esbozó una sonrisa forzada y asintió; no había sido completamente honesta con Conner. Él sabía que Bree estaba en Connecticut cuando descubrió que habían secuestrado a Emmerich, él sabía que Cornelia se había ofrecido generosamente a volar con Bree de regreso a Alemania para poder ayudar a la madre de Emmerich a cuidarlo, y él sabía que estaban en el castillo de Neuschwanstein cuando su tío Lloyd trajo a Emmerich de regreso al Otromundo. Sin embargo, Conner había estado tan abrumado por la desaparición de Alex, que Bree pensó que era mejor dejar afuera otros detalles.

Ya que nunca le mencionó la *razón* por la que había ido a visitar a su familia en Connecticut, ni que ella había descubierto que eran parte de una organización secreta conocida como las hermanas Grimm, ni su extensa historia buscando portales que dirigían al mundo de los cuentos de hadas. Bree esperaba que llegaran mejores tiempos para poner al corriente a Conner, pero cuanto más tiempo Alex pasara desaparecida, más inapropiado se volvía.

–A la edad de Cornelia, no hay mucho que la sorprenda –dijo Bree–. De hecho, cuando tengas un minuto, me encantaría contarte más sobre mi viaje a su...

Bree fue interrumpida por el sonido de unas pisadas que



provenían del corredor que se encontraba a sus espaldas. Un momento más tarde, Trollbella apareció por la puerta del baño perdido. La joven reina troll de inmediato se cruzó de brazos y resopló al ver a Bree y Conner en el mismo lugar.

–Bueno, una hace todo por el otro, pero, así y todo, no puedes mantenerla a ella alejada de tu hombre –dijo Trollbella.

Conner puso los ojos en blanco.

–¿Qué quieres, Trollbella?

–Vine para avisarte que Frijoles, la señora Rana y el ganso valeroso regresaron.

–¿Quiénes? –preguntó Bree.

–Se refiere a que Jack, Roja y Lester regresaron del mundo de los cuentos de hadas –explicó Conner, poniéndose de pie a toda prisa-. ¡Tal vez, ellos tengan novedades sobre Alex! Trollbella, ¿le avisarías a mi mamá y a Bob? Están haciendo guardia nocturna en el tercer piso.

–*No* soy tu mensajera, Mantecoso –replicó Trollbella-. Ya no te haré más favores hasta que estés listo para comprometerte.

–Está bien –contestó Conner-. *Bree*, ¿podrías por favor avisarles a mi mamá y a Bob...?

–*Está bien*, buscaré a mis suegros mantecosos –dijo Trollbella-. Pero, por favor, deja de rogar; odio ver lo vulnerable que te has vuelto sin mí.

Conner y Bree corrieron por el corredor hacia la sala mientras Trollbella iba en busca de Charlotte y Bob. Encontraron a todos sus amigos de Oz, el País de Nunca Jamás, el bosque de Sherwood, la Tierra de las Historias y los cuentos de Conner (*Las aventuras del chico dirigible*, *Los Hermanos* y *Reina galáctica*) reunidos alrededor de Jack y Roja. Las únicas que no le prestaron atención a su llegada fueron



las piratas de *Estriboria*, ya que seguían sin apartar la vista de la televisión.

–¿*Todavía* están mirando a esa mujer despistada? –preguntó Roja–. El Otromundo puede ser muy avanzado, pero en verdad tiene muy malos hábitos.

–¿Y bien? –preguntó Conner, yendo directo al grano–. ¿Encontraron a mi hermana?

Jack movió la cabeza lentamente de lado a lado.

–No –contestó–. Buscamos en todos los lugares que creímos que podría estar... las ruinas del Palacio de las Hadas, el castillo del gigante en el cielo, la torre del reloj en el Palacio Encantador... Pero no hallamos ningún rastro de ella.

Las noticias fueron tan desalentadoras que Conner tuvo que sentarse. Si Alex no estaba en el mundo de los cuentos de hadas, entonces no sabía en qué otro lugar podía buscarla. Su cadena de pensamientos pasó de pensar en lugares en los que podría estar a preocuparse de que nunca la encontrarían.

–Lamento que no hayas encontrado a Alex, pero me alegra que hayas regresado –le dijo Ricitos de Oro a Jack mientras mecía de un lado a otro a su hijo recién nacido–. Es un milagro que no te vieran, incluso con la altura de Lester.

Jack se acercó a su esposa y besó a Hero en la frente. Roja le dio un fuerte abrazo a Ricitos de Oro por detrás, como si el comentario hubiera sido para ella.

–¡Ricitos, ya puedes caminar! –exclamó Roja–. ¿Es seguro que ya estés caminando al poco tiempo de haber dado a luz?

–Roja, tuve un bebé, no una ballena –le contestó Ricitos de Oro–. ¿Cómo está el mundo de los cuentos de hadas? ¿Mejoró algo?

–Está exactamente como lo dejamos –les dijo Jack a todos





en la habitación-. Los ciudadanos de todos los reinos aún están atrapados en el Lago de los Cisnes cuando no están construyendo monumentos en honor a los emperadores. El Ejército Literario está formado en los jardines del Palacio del Norte, pero lo único que hacen es marchar todo el día, como si estuvieran esperando a que algo ocurriera.

-Suenan como si estuvieran preparándose para la batalla -comentó Ricitos de Oro-. No nos estarán esperando, ¿o sí?

-Pienso que solo es una táctica de miedo para evitar que los ciudadanos se levanten en su contra -dijo Jack-. Aún no han descubierto a las familias reales en la mina abandonada, por lo que dudo que sepan algo de nosotros. ¿Cómo podrían?

-¿Y el resto en la mina? ¿Aún están... *petrificados*? -preguntó Ricitos de Oro.

-Desafortunadamente, sí. Al igual que el Consejo de las Hadas.

-¡Ah, es un panorama terrible! -exclamó Roja y se encogió ante el pensamiento-. Todos sus rostros estaban congelados con las expresiones de terror más desagradables. Si alguien me convierte en piedra, solo espero que tenga la decencia de contarme algo divertido antes.

-¿Qué hay de la criatura que lo hizo? -preguntó el Leñador de Hojalata-. ¿Había algún rastro de quién o qué es?

-No estarían aquí si la hubieran visto -dijo Blubo y recordó los momentos aterradores que había pasado en su presencia-. Lo único que hacía falta era una mirada y luego ¡boom! Todo el mundo quedaba duro como una roca. No estaría aquí de no ser por haber mantenido los ojos cerrados.

El comandante Salamanders tragó saliva, con miedo, y volteó hacia Conner.



-¿Hay criaturas que convierten a los demás en piedra en la Tierra de las Historias? -preguntó.

-No vino del mundo de los cuentos de hadas -contestó Conner-. Debe haber sido un personaje que mi tío reclutó con la Poción Portal; solo que no sé de qué historia es.

-¿Tiene que ser literario? -preguntó Beau Rogers-. Porque me podría arriesgar a decir que están hablando de Medusa, de la mitología griega.

-¿Qué es una Medusa? -preguntó Peter Pan.

-Es un monstruo *horrible* -contestó Beau Rogers con un tono muy animado-. La leyenda dice que tiene un cuerpo largo y escamoso, colmillos y ;serpientes en lugar de cabello! ;Una sola mirada a sus ojos rojos te convertirá en una estatua!

Los Niños Perdidos se taparon los ojos, orejas y bocas ante la descripción tenebrosa del arqueólogo. La felibriz juntó sus pequeñas manos rápido, ansiosa por conocerla.

**-NO SE PREOCUPEN, AMIGOS -dijo Robin Hood-. HE CORTEJADO A MUCHAS DONCELLAS QUE RESULTARON SER MUCHO PEORES. CON ALGUNOS VERSOS DE UN POEMA ROMÁNTICO, CAERÁ RENDIDA EN MIS MANOS.**

El príncipe de los ladrones no hizo que nadie se sintiera mejor por la situación, especialmente Conner. El chico se puso de pie y comenzó a deambular por la habitación. Se tenía que tomar una decisión muy difícil y Conner ya no podía retrasarla más.

-No podemos perder más tiempo -dijo-. Mañana iremos a luchar contra el Ejército Literario y recuperaremos el mundo de los cuentos de hadas. Nunca creí tener que hacerlo sin mi hermana, pero no podemos dejar que la gente siga sufriendo.



–Pobre Alex –comentó Roja–. Muchas veces yo también he desaparecido por un tiempo, pero siempre regresé al cabo de unas horas. Espero que reaparezca a tiempo para ayudarnos. Puso tanto esfuerzo en reclutar a nuestro ejército que sería una lástima que se perdiera la guerra por completo.

De pronto, el rostro de Ricitos de Oro se iluminó con una idea. Las tonterías graciosas de Roja siempre le hacían ver las cosas desde otra perspectiva.

–Detén el carro –dijo Ricitos de Oro.

–¿Qué carro? –preguntó el Leñador de Hojalata.

–Ninguno, es una forma de decir –Ricitos retomó su punto–. Hemos estado mirando al Ejército Literario y a la desaparición de Alex como si fueran cosas separadas, pero ¿qué tal si tienen más en común de lo que pensamos? Después de todo, estamos *en guerra*, una guerra en la que Alex es una parte fundamental. Es muy probable que alguien esté usando a Alex para sabotearnos. Quizás sea hora de que dejemos de preguntarnos *a dónde se fue Alex* y comencemos a preguntarnos *quién se la llevó*.

De todos los caminos que había tomado la mente de Conner en la última semana, esta era una conclusión a la que nunca había llegado. Su hermana era muy poderosa y fuerte; era difícil imaginar que alguien pudiera haberla secuestrado del hospital sin que nadie lo notara, especialmente alguien del Ejército Literario.

–No pueden haberse llevado a Alex –dijo Conner–. Incluso si el Ejército Literario supiera de nuestra existencia, no tienen manera de acceder al Otromundo. Además, creo que uno de nosotros habría notado a un soldado naípe o a un mono volador por los alrededores.



–No dije que haya sido el Ejército Literario –aclaró Ricitos de Oro–. En tiempos de conflicto, siempre está el enemigo que *conoces* y el enemigo que *no conoces*. El Ejército Literario puede ser quien está en nuestra contra, pero ¿cuál es la tercera parte que nos estamos olvidando considerar? ¿Quién más se beneficiaría si cualquiera de nuestros ejércitos fuera derrotado?

Toda la sala se quedó en silencio mientras los personajes pensaban. Era bastante probable que no estuvieran teniendo en cuenta a alguien, pero ¿quién podría ser? ¿Quién o qué estaba pendiente de la inminente guerra tanto como ellos? ¿Quién en ese preciso momento también se estaba reuniendo en secreto e ideando planes para dominar el mundo de los cuentos de hadas?

La respuesta le llegó a Bree como un rayo. Descubrirlo la hizo tomar una bocanada de aire tan fuerte que todos los personajes se asustaron.

–¡Ya sé! –exclamó–. ¡Nos estamos olvidando de *las brujas*! Sabemos que ellas tienen acceso al Otromundo porque una de ellas secuestró a Emmerich a través del portal en el castillo de Neuschwanstein.

–¡Creo que tiene un punto! –dijo Jack–. Conner, ¿recuerdas la noche en la que seguimos al Hombre Enmascarado hacia el Caldero de las Brujas? Estaban reunidas porque tenían miedo de que las culparan de las desapariciones de los niños; estaban paranoicas de que se acercara una cacería de brujas. Es muy probable que hayan conspirado para dominar el mundo de los cuentos de hadas como una manera de protegerse.

–Entonces el Hombre Enmascarado invadió con el Ejército Literario –agregó Ricitos de Oro–. Probablemente, las



brujas secuestraron a Emmerich para poder tener ventaja sobre tu tío, por lo que ¡quizás planean usar a Alex para tener ventaja sobre *nosotros*!

–Por supuesto que las brujas están tramando algo malvado –dijo Roja–. O sea, *son brujas*, ¿hola? ¡No me sorprendería si esa cabra que se llevó a Charlie tuviera algo que ver! Los Niños Perdidos y yo encontramos a los chicos desaparecidos en *su* sótano; ¡Morina probablemente los secuestró para sembrar paranoia entre la comunidad de brujas y así darles un *motivo* para planificar la toma del poder! ¡Apuesto a que *ella* es quien está detrás de todo esto!

Todo el mundo se quedó congelado, mirando con sorpresa a Roja. Si tenía razón, era un poco inquietante lo fácil que le resultaba descubrir las intenciones de Morina.

–No me miren de esa forma. Se necesita a una conspiradora sagaz para identificar a otra conspiradora sagaz. Evidentemente, Charlie se siente atraído hacia un solo tipo de mujer.

–Pero ¿cómo podrían saber las brujas que estamos planeando derrocar al Ejército Literario? ¿Cómo saben que *nosotros* somos una amenaza? –preguntó Conner.

Bree lo miró como si la respuesta fuera obvia.

–Conner, descubrieron que Emmerich era tu primo antes de que tú o tu tío lo hicieran –le recordó–. ¡Estoy segura de que no sería difícil para una bruja mirar en una bola de cristal y descifrar lo que trama un grupo de seres interdimensionales en un hospital de niños!

Desafortunadamente, tenía sentido. Una bruja podía fácilmente haber cruzado al Otromundo y entrometerse en el hospital sin ser detectada. Podrían haber usado magia para vencer a Alex y llevarla de regreso al mundo de los cuentos de hadas



como una rehén. Conner había deseado tener una respuesta clara durante toda la semana, pero nunca había comprendido lo mucho que se complicaría la situación.

–Pongamos las cartas sobre la mesa antes de seguir avanzando –dijo.

–¿Qué mesa? –preguntó el Leñador de Hojalata.

–*También* es una forma de decir –respondió Conner–. No solo tenemos que liberar al mundo de los cuentos de hadas de los villanos más tenebrosos de la literatura y derrotar a una criatura mitológica antes de que nos convierta a todos en piedra, sino que también tenemos que derrotar a un aquelarre de brujas antes de que usen a mi hermana en nuestra contra.

Todos los personajes en la sala compartieron miradas de timidez y sorpresa. La felibriz soltó un grito de alegría; no podía esperar a que la batalla comenzara.

–Sé lo que están pensando –dijo Conner–. Esta es una pelea diferente a la que se enlistaron. Si las brujas están detrás de esto, entonces nos superan fácilmente, en especial si tienen a mi hermana. Estaba confiado de que pudiéramos derrotar al Ejército Literario, pero no estoy seguro de que ganemos la guerra.

Conner se frotó las manos, desesperado por intentar pensar en una forma de hacer que las probabilidades volvieran a estar a su favor. Jack estaba sentado a su lado y colocó una mano sobre el hombro de su amigo.

–Por primera vez, estoy con la felibriz –dijo Jack–. Ya nos hemos topado con innumerables situaciones tenebrosas a lo largo de los años y siempre las atravesamos juntos. Sí, hubo veces en las que un poco de la magia de tu hermana fue de gran ayuda, pero nunca lo habríamos logrado si no hubiera sido por ustedes *dos*. Mira a tu alrededor, Conner, ¡estás



rodeado por un ejército que salió de *tu* imaginación! Eso significa que hay una parte de ti dentro de cada uno de ellos y, así fuera solo una fracción de tu valentía, tu aptitud, o incluso tu astucia, sé que esos bastardos no tendrán oportunidad contra nosotros.

Eran las palabras justas que Conner necesitaba oír, y también les sirvieron de inspiración a todos los personajes en la sala. Las palabras de Jack incluso hicieron que las piratas de *Estriboria* levantaran la vista de la televisión por primera vez en días.

–Será peligroso –dijo Conner.

–¡Nos encanta el peligro! –gritaron los Niños Perdidos.

–Algunos podríamos salir heridos –agregó Conner.

–Habla por ti –dijo la Reina Cyborg–. Yo puedo ajustar mi *sensibilidad* desde el menú de opciones.

–Y, no importa lo que pase, al final del día, ¡todos seremos héroes! –dijo Rayo y dio una vuelta en el aire.

Conner no pudo evitar sonreír ante la voluntad de ayudarlo que tenían sus personajes. Nunca antes había pensado que sus propias creaciones lo inspirarían tanto.

–Está bien, está bien –dijo–. Será todo un desafío, pero podemos hacerlo. Mañana por la mañana iremos al mundo de los cuentos de hadas y ¡patearemos algunos traseros literarios, mitológicos y embrujados!

Todos los personajes estallaron de alegría. La felibriz estaba tan feliz de que todos estuvieran en la misma página que ella.

–¿OYERON ESO, HOMBRES? –exclamó Robin Hood–.  
¡ESTAMOS EN LAS VÍSPERAS DE LA GUERRA!  
¡DEBEMOS SEGUIR AL HECHICERO CON VALENTÍA



## HACIA LA BATALLA Y BAÑARNOS EN RIQUEZAS LUEGO DE NUESTRA VICTORIA!

–Robin, nadie recibirá ningún pago –respondió Conner.

–AH –dijo Robin Hood–. ¡ENTONCES NOS BAÑAREMOS EN CUMPLIDOS POR NUESTRAS BUENAS INTENCIONES! DESPUÉS DE TODO, ¡ALABADA SEA LA FORTUNA DE LOS VALIENTES!

De pronto, las puertas se abrieron y Bob y Charlotte entraron a toda prisa a la sala. Estaban traspirados y casi sin aliento, como si hubieran estado corriendo todo el camino hasta allí. Unos segundos más tarde, Trollbella entró por detrás; se habían movido tan rápido que no pudo seguirles el paso.

–Mamá, tengo buenas y malas noticias –dijo Conner–. La mala es que Jack y Roja no encontraron a Alex, pero la buena es...

–*¡Sabemos dónde está tu hermana!* –lo interrumpió Charlotte, sin aliento.

Conner no podía creer lo que estaba oyendo.

–*¿Qué?*

–*¡Pongan las noticias!* –les dijo Bob a las piratas–. *¡Canal cuatro! ¡Rápido!*

–Pero *¡Ricky* acaba de dejar que Lucy baile en su club! –respondió Sally Ricitos Castaños.

–*¡CAMBIEN DE CANAL!* –gritaron todos al unísono.

Las piratas cambiaron de canal de mala gana y todo el mundo se juntó alrededor del televisor para mirar las noticias. Una reportera apareció en la pantalla, transmitiendo en vivo desde algún lugar de la ciudad de Nueva York.

–*Me encuentro en la esquina de la Calle 39 y la Quinta Avenida en Manhattan, en donde la policía detuvo todos los*





*vehículos y peatones para evitar que siguieran avanzando* –dijo la reportera–. *El departamento de policía de la ciudad de Nueva York cerró el paso en un radio de dos manzanas en los alrededores de la sede principal de la Biblioteca Pública de Nueva York. Los oficiales de policía aún no han comunicado la razón de tales medidas, pero una cosa es cierta, algo peligroso está ocurriendo en la biblioteca.*

Pronto, mostraron un material de baja calidad tomado desde un helicóptero que sobrevolaba la biblioteca. Era difícil distinguir algo más allá de las luces rojas y azules de la policía que rodeaba el edificio por todas partes.

–*Este no es el primer incidente peculiar en la zona esta semana* –agregó la reportera–. *Tal como mencioné antes, hace solo unos días los restos de un baño aparecieron misteriosamente en medio del Bryant Park, justo por detrás de la biblioteca. Aún faltan identificar los restos.*

–¿Acaba de decir que encontraron un *baño*? –preguntó Conner.

–¡Vinimos aquí ni bien nos enteramos! –dijo Charlotte.

–*Nos acaban de informar que la policía también ha comenzado a evacuar todas las residencias aledañas* –agregó la reportera–. *Como mencioné, se está compartiendo muy poca información, pero de acuerdo al testimonio de varios testigos, las estatuas icónicas de los leones en la entrada a la biblioteca han sido vandalizadas.*

El material del helicóptero hizo un acercamiento hacia la escalinata de la entrada a la biblioteca. Una vez que la cámara se enfocó, todos pudieron ver que las estatuas de los leones habían desaparecido de sus bases. Y, en cambio, se las podía ver paradas frente a la entrada de la biblioteca, como si



estuvieran haciendo guardia. Por un segundo, les pareció ver que se estaban *moviendo*.

–¿*Vieron eso?* –preguntó la reportera–. *Parece ser que las estatuas están siendo manipuladas de algún modo. La de la derecha parece que le está rugiendo a los policías que se acercan... ;Oh, por Dios, la estatua del león acaba de derribar a un oficial! ;La policía se está retirando! ;Nunca antes he visto algo así! ;Si me lo preguntan, diría que estamos ante la presencia de actos de magia!*

Conner se quedó pálido y miró a sus amigos con incredulidad.

–Ah, por Dios... –dijo–. *Debemos ir a la ciudad de Nueva York!*



### CAPÍTULO TRES

---

## LA RANA EN EL ESPEJO

**R**ani no había visto la luz del sol en semanas. Lo único que tenía para mirar, día y noche, era la vista macabra del sótano de Morina. Los niños desaparecidos del Reino del Rincón y del Reino Encantador dormían pacíficamente en sus camas, mientras el horrible hechizo de la bruja les drenaba toda su fuerza vital. La juventud de los niños y su vitalidad eran transferidas a botellas de pociones que descansaban a los pies de sus camas, las cuales Morina les vendía a clientes en la tienda de arriba. Por suerte, hacía días que la bruja no regresaba a cambiar las botellas, lo cual les daba a sus cautivos más tiempo antes de drenarse por completo.

